

## REVISTA DE REVISTAS

---

**Por el honor de Francia, no nos iremos.**

Con este título el P. Pablo Doncour, Jesuíta francés, ha publicado una especie de manifiesto, que es una bellísima respuesta a la persecución insensata promovida por el sectarismo de Francia contra las Congregaciones religiosas.

Helo aquí:

M. Herriot ha tenido el gran gesto de abrir ampliamente los dos brazos ensangrentados de Francia, y ha concedido a todos los miserables el perdón. Por esa puerta abierta se ha querido hacer pasar a todos los culpables, los cobardes, los rebeldes, los desertores y los traidores... Si vuelven para servir y reparar, yo aplaudo.

Pero el mismo M. Herriot, desde lo alto de la tribuna francesa, nos muestra esta misma puerta abierta en las fronteras a nosotros, pobres religiosos, bribones, que el 4 de agosto regresamos para marchar a los campos de batalla. Y nos la muestra para que nos vayamos.

Pues bien, no nos iremos. Ni un solo hombre, ni un solo anciano, ni un novicio, ni una mujer repasará la frontera.

\* \* \*

En 1901, cuando se votó la ley infame, yo era entonces un joven jesuíta—cuatro años hacía que mi padre, un viejo oficial de Africa me había acompañado al noviciado de Saint-Acheul—; hice lo que otros y tomé avergonzado el tren que había de conducirme a Bélgica. He vivido doce años en el destierro, desde los veintidós hasta los treinta y cuatro años, toda mi vida de hombre. Os lo perdono. Pero el 2 de agosto de 1914, a las cuatro de la mañana, yo me hallaba en presencia de mi Superior. *Mañana comienza la guerra*, dije, *mi puesto está en el frente*. Y mi Superior me abrazó y me bendijo. En carrera desenfrenada, sin orden de movilización (yo estaba licenciado), sin libreta militar, corrí al cañón hasta Verdún.

El 20 de agosto, al amanecer, antes de recomenzar el combate, avanzaba más allá de las pequeñas postas en busca de los heridos del regimiento 115, cuando de pronto me sentí envuelto por el ruido de veinte fusiles y vi a mi compañero caer tendido a mis pies a lo largo del camino, con la cabeza destrozada. La posta alemana se hallaba a treinta pasos de allí. Sentí en ese momento que mi corazón protegía a mi patria toda; jamás había respirado el aire de Francia con tanto orgullo, ni posado mi pie sobre su tierra con tanta seguridad.

Todavía ahora, no comprendo cómo no me mataron entonces, ni veinte veces después. El 16 de septiembre, en pleno combate, fui hecho prisionero frente a Noyón; en noviembre me hallaba otra vez en Francia, y en diciembre vol-

vía de nuevo a la línea de fuego con la mejor de las divisiones, la 14.<sup>a</sup> de Belfort. En ella, he combatido treinta meses, hasta delante de Mézières. He sido herido tres veces y conservo sobre la aorta un casco de granada que recibí en el Somme; desmovilizado, he cometido el crimen de permanecer en mi patria... Y ahora, me señaláis la puerta...

Os queréis chancear, señor Herriot, pero no se bromea con esas cosas.

Jamás, durante cincuenta meses, habéis venido a buscarme ni en Tracy-le-Val, ni en Crouy, ni en Souain, ni en el fuerte de Vaux, ni en Reichackerkopf, ni en Maurepas, ni en Brimont, ni en la Cote 304, ni en Tahure. En ninguna parte os he oído hablar de vuestras «leyes sobre las Congregaciones», y hoy ¿os atrevéis a presentármelas?

¡Ni lo penséis!

Ni yo, ni ningún otro (pues todos cuantos han estado en edad de combatir, han ocmbatido) ni ninguna mujer, tomaremos nuevamente el camino hacia Bélgica.

¡Eso, jamás!

Podéis hacer lo que queráis; tomar nuestras casas, abrírnos vuestras cárceles—se hallan allí en efecto, lugares dejados vacíos ya sabéis por quiénes—sea!

Pero, ¿partir como lo hicimos en 1901? ¡Jamás!

Tenemos hoy día un poco más de sangre en las venas, que entonces—y además, soldados de Verdún, hemos aprendido en buenas fuentes lo que es ape-garse a un terreno. No hemos temido ni a las balas, ni a los gases, ni a los más valientes soldados de la Guardia; no temeremos pues a las emboscadas de la política.

Y ahora voy a deciros por qué no nos iremos.

No es el hecho de irnos a quién sabe dónde lo que nos espanta. No nos ape-gamos a nada, ni a un techo ni a un campo. Jesucristo nos aguarda en todas partes y El sólo nos bastará siempre, aun en los sitios más apartados del mundo.

Pero no nos iremos, porque no queremos ya, que un belga o que un inglés, o un americano o un chino o un alemán al encontrarnos un día lejos del país, nos haga ciertas preguntas a las que deberíamos responder como en otro tiempo, bajando la cabeza: «Francia, nos ha echado».

Por el honor de Francia—¿entendéis esta palabra como yo la entiendo?—por el honor de Francia, jamás diremos esto a un extranjero. Por lo tanto, nos quedaremos todos.

Lo juramos por nuestros muertos.

*Pablo Doncœur.*

Oficial de la Legión de Honor.

**Revista Católica de Cuestiones Sociales.** (Madrid, septiembre de 1924).—*El problema del paro forzoso* por MANUEL S. CUESTA. (A. de Mirabal).

Un leader del socialismo español, don Francisco Largo Caballero, ha planteado en estos días el tema del paro forzoso, que le ha sugerido la situación, realmente alarmante, en que se encuentran y de que se quejan la industria y el comercio, que por falta de mercado—pues indudablemente la capacidad adquisitiva ha disminuído en estos últimos tiempos—atraviesan una crisis que se refleja ya en millares de trabajadores.

Se prevé una época—el invierno inmediato—difícil, por causa de la mi-



sería que entra por las puertas de muchos hogares, y el señor Largo Caballero, que a título de sociólogo forma parte de todos o casi todos los organismos de carácter social, culpa a la negligencia del Estado, de no contarse ya en España con una institución con fuerza y elementos bastantes para hacer frente al problema que plantean, por su número, los «sin trabajo».

Sin duda, ha tenido presente el señor Largo Caballero una frase de la política verbalista del Presidente del Directorio, quien en una de sus notas acerca de la condición del trabajo, exponía su criterio favorable a que el Estado atendiera las necesidades proletarias, llegando hasta pagar los jornales a cuantos carecieran de ocupación, utopía insostenible porque nunca faltarían obras en que utilizar el esfuerzo del jornalero; de lo que se deduce que no es el jornal sino la ocupación lo que se debe proporcionar al hombre, para quien es el trabajo el medio de cumplir la divina sentencia que condenó al hombre a ganar el pan con el sudor de su frente, desde que perdió el paraíso en que fué colocado y donde no tenía más que alargar la mano para procurarse el sustento.

Es muy humana, y está bien, la tendencia de la moderna sociología que busca aliviar al hombre del castigo de trabajar, facilitando sus subsistencia y garantizándosela en lo posible; pero hay que decir que ese estado de organización perfecta con que se sueña es no más que un sueño, porque es también palabra divina que siempre ha de haber pobres—«Siempre habrá pobres entre vosotros»—, y no hay más principio sociológico por mucho que la sociología lo busque, que el principio eterno de la caridad cristiana, ya que el precepto de amar al prójimo como a sí mismo, bastaría, de ser obedecido, para dar resueltas tantas y tan arduas cuestiones que, en el fondo, no son más que indiferencia y egoísmo y que se trata de resolver por miedo egoísta al poder de los más, en contra de los privilegiados que son menos.

¡El paro forzoso! ¿Quién duda que es un problema grave en un pueblo, el paro forzoso de miles de hombre, que al perder el jornal someten a la tortura de la miseria y del hambre a miles y miles de criaturas que de él dependen?

Muchas son las circunstancias que concurren en la producción del paro forzoso, situación que acusa allí donde es produce, un estado económico anormal, y nadie dudará que la crisis de trabajo—que es la crisis de la producción como consecuencia de crisis en el consumo—no sólo perjudica al obrero que la padece y se ve reducido a espantosa penuria, sino a la colectividad y al Estado; pero ateniéndonos a nuestra patria y al momento actual en que surge la paralización del trabajo, que reduce a la impotencia económica a grandes núcleos de trabajadores, ¿será mucho decir que, aparte de las circunstancias de orden que no queremos examinar, gran culpa de esa paralización la tiene el propio proletariado?

Han causado las organizaciones obreras, con sus procedimientos de lucha contra el capital, una honda perturbación que ha de tardar en desaparecer mucho tiempo.

Nos hemos pasado la vida defendiendo los derechos del trabajador, porque era de conciencia pedir que se les diera lo que era de justicia darles. Pero se han vuelto las tornas en pocos años, de tal suerte que es de justicia ahora defender los derechos del capital.

El obrerismo español, organizado y sin organizar, se lanzó ciego en busca de las que llama sus reivindicaciones, y lejos de contenerse en aquel punto que en la armonía pudo lograrse, siguió avanzando de manera que rompió el equilibrio, como si al socialismo le conviniera la desaparición del capital, sin el cual—como decía Marx—el socialismo no podría existir, porque destruido el capitalismo, pasaría a ocupar su puesto y habría perdido su razón de existencia.

Pero el obrerismo organizado no lo ha entendido así, y con su actitud agresiva, tirando piedras contra su propio tejado, ha conseguido, no la destrucción del capital—factor indispensable de la producción y que a su vez necesita ir aunado con el otro factor que es el trabajo—, sino su alejamiento, su retraimiento, operador por miedo a las decisiones de la fuerza obrerista, fuerza que culminó en sus abusos durante la reciente etapa de hervor sindicalista, que creyendo inagotable la capacidad económica para adquirir de los demás, impuso a los productos la carestía insostenible que ampararon las circunstancias originadas de la guerra, carestía que dimanaba del coste exorbitante de la mano de obra jornalera, encarecida a su vez por la imposición tiránica del jornal mínimo y de la jornada máxima, del número de obreros, fueran necesarios o no, de la nivelación en el rendimiento de los aptos y de los ineptos, de la intromisión en la organización del trabajo por medio de los famosos delegados de taller, de la exacción de cuotas copiosas, y lo hay que añadir, porque todos son peones que juegan, la desmoralización en las costumbres del trabajador, por regla general y con contadas excepciones, desmoralización que se traduce en laxitud para el trabajo, cuando a ella no hay que añadir la mala fe del odio ciego, que tuvo expresión en aquel aforismo sindicalista: «trabajad poco y mal».

¿Quién que no sea un necio, va a correr la aventura de acometer empresa alguna, cuando no puede emplear su capital sin riesgo seguro?

Porque siempre—todo, en lo humano—existe la posibilidad de la pérdida y de la ruina; pero es que ahora, ni el mismo cálculo prudente es posible. Porque no es trata ya del peligro de una huelga, que es bastante amenaza, sino de que en toda empresa, hay una incógnita por despejar, falta un dato esencial para los proyectos, que no es otro, que el del rendimiento que ha de dar el trabajador.

¡No se tienen garantías de que el trabajador dé el rendimiento normal!

Y el capital se retrae. Y el paro forzoso llega. Y llega lo mismo para el jornalero que para el patrono, porque en la cadena de la vida, todo está, naturalmente, eslabonado, y el trabajo escaso y caro, origina la carestía del producto, esta la abstención del consumidor, esta la paralización en las ventas, y esta el *stock* que fuerza al paro en el centro productor y por consiguiente el despido de los operarios.

Toda guerra es causa de empobrecimiento y de muerte, porque la guerra es plaga y castiga también, y la guerra declarada y mantenida contra el capital, la guerra inspirada por el odio de clases que el socialismo preconiza, forzosamente tiene que ofrecer por resultado, la desolación y el hambre que es castigo obligado de la guerra.

Contra el paro forzoso, en su acepción justa, contra el paro por causas independientes de las luchas y de las pasiones de los hombres, existe un reme-



dio que es el de la caridad cristiana. Y no hay otro: dar de comer al hambriento.

La cooperación social, para prevenir los riesgos de la enfermedad, para atender la imposibilidad de la vejez, para socorrer al que carece, como en este caso del paro forzoso, no es más que caridad.

La sociedad organizada, el Estado, no pueden dar nada, que no sea a cambio del esfuerzo del que lo recibe. Del trabajo de cada uno, ha de obtener aquella aportación, sin la cual, sería imposible el sostenimiento de las obras cooperativas. Todo el tributo, en una o en otra forma obtenido; porque de lo contrario equivaldría a crear una casta de vagos inadmisibles. Antes o después, el individuo tiene que pagar el auxilio que recibe.

Por eso, en las conferencias internacionales, como en la de Washington de 1919, lo que se aprueba al tratar el problema del paro forzoso, es una *recomendación* para que los Estados creen organismos con que hacer frente a tales conflictos sociales, y ya se ve el alcance de la palabra, que quiere decir que cada gobierno hará en este aspecto lo que le permitan los recursos de la nación que han de obtenerse de la nación misma. Y si la nación, por falta de producción o por carestía de lo que produce que rebasa la capacidad de adquirir de sus habitantes se empobrece, ¿qué recursos va a obtener para hacer frente a conflictos que se provoca a sí misma?

Queda el pasillo de la previsión individual, que no sería necesario que rebasara del límite que la prudencia aconseja dentro de su equilibrado espíritu de ahorro, si la normalidad en el trabajo, si su desarrollo ordenado existiera. Pero es que el obrero español, en general—muy en general—no ha pensado en otra cosa que en dilapidar sus ingresos, sacrificando las vacas gordas sin cuidarse de que pudiera llegar el tiempo de las flacas.

Se pidió el aumento de jornales para que el obrero pudiera educar la prole, y la última estadística acusa el número de analfabetos en España. Se pidió reducción de jornadas para que el obrero dispusiera de tiempo para cultivar su inteligencia y su espíritu, y no se ha creado en ninguna parte una biblioteca más.

En cambio, qué aumento no han tenido los bares, cabarets, teatros, cines, y qué incremento no ha tomado el lujo en el vestir entre el proletariado?

Ha surgido amenazadora la crisis del trabajo, es decir, ha surgido amenazador el paro forzoso, porque la crisis del trabajo muy anterior a él lo ha engendrado.

Los que gobiernan acaban de acusar en una nota oficial a los obreros del campo, de haberse quedado a la zaga en el trabajo.

Y esto es lo que sucede. Que el trabajador se ha quedado a la zaga en el trabajo. Que el trabajo es castigo, y el hombre lo repudia y le huye.

El señor Largo Caballero dice que la prosperidad de un país—una nación quiere decir—se revela por el bienestar y nivel de vida de cada uno de los individuos que la constituyen.

Así es. Pero ese bienestar no se logra, fuera de Jauja, más que por el esfuerzo de cada uno también, por la cooperación de todos a la prosperidad común, por la armonía de todas las clases, que han de ser como los miembros del cuerpo, por la mutua ayuda, por el trato y relación inspirado en la caridad que otros dicen fraternidad cristiana.

**La Revista Católica** (Santiago de Chile, 7 de marzo de 1925). *Estudio sobre el bolcheviquismo o bolchevismo*, por MARTÍN RÜCKER SOTOMAYOR, Obispo de Mariamés.

*Bolcheviquismo, Maximalismo, Soviet o Consejo de Obreros, de campesinos y de soldados* todas éstas son palabras modernísimas, que han tenido su realidad después de la catástrofe de la causa imperial de los Romanoff en Rusia. Una de las figuras más sobresalientes de esta nueva era es la de Máximo Gorki, a quien se ha saludado como el apóstol de la redención del pueblo y cuyas doctrinas han sido recibidas como la aurora bella y hermosa, precursora de un día espléndido y lleno de esperanzas. Procuraremos sintetizar en algunos puntos la doctrina de Máximo Gorki, pues en ella encontraremos todo lo substancial, para darnos cuenta de lo que desea realizar el bolcheviquismo.

1.º Las doctrinas bolcheviquistas se proponen suprimir, según ellas sostienen, todo abuso de un hombre sobre otro hombre; abolir para siempre la división de la sociedad en clases, lo cual trae enorme malestar; concluir con todos aquellos que aprovechan de un modo indebido del trabajo humano; realizar la organización socialista, y de esta manera, llegar al triunfo completo en todo orden del socialismo. Se pretende establecer, diríamos, un mundo nuevo, como base del cual se proclame que los que viven del trabajo ajeno han de ser suprimidos de la sociedad.

2.º Principio de la misma doctrina, es que el que no trabaja no debe comer. Este principio es la base de la nueva concepción social. Dicen los bolcheviquistas que en la actualidad pocos, muy pocos, son los que trabajan, al paso que, a la inversa, muchos, muchísimos, son los que aprovechan. Enseñanza que debe estar presente en la mente de todos los hombres, es que *todos deben trabajar*.

3.º Pregonan por todas partes los partidarios del bolcheviquismo, que la propiedad privada debe quedar enteramente abolida y que se ha de mover toda influencia para destruir el capital, que es el grande enemigo de la humanidad. Este trabajo de destrucción, si es necesario, ha de tomar un sesgo terrible y todo medio es lícito, cuando se trata de destruir aquello que se cree que es el mal por excelencia. El primer paso para realizar el programa bolcheviquista es: la *socialización de los medios de producción*. Todos los bienes han de ser declarados de propiedad nacional; la tierra ha de ser cedida en común a los campesinos; las fábricas, las minas, los ferrocarriles y demás bienes nacionales pasarán al Estado, compuesto de obreros y campesinos. De esta manera el capital quedará vencido.

4.º ¿Quién tendrá la autoridad? ¿Quién mandará? No el industrial, ni tampoco el propietario; pero sí los Soviets o los consejos de obreros y campesinos, elegidos por los trabajadores. En cada oficina, en cada villa, en cada pueblo, en cada ciudad, se crea un Soviet y todo poder en esa villa, en esa oficina, en esa ciudad, pertenece al Soviet.

5.º El derecho de elegir no es universal; es concedido sólo a los que trabajan en una labor productiva o de utilidad pública. Y son contados entre los obreros que trabajan en esa labor productiva o de utilidad pública los operarios, los empleados que se ocupan en la industria, en el comercio, en la agricultura y en los servicios del Estado. No tienen derecho electoral ninguno de aquellos que emplean obreros asalariados con espíritu de lucro; ni los que viven



de las rentas que produce el capital; ni los intermediarios; es decir, los que intervienen entre compradores; ni tampoco tienen derecho a votar los que trabajan afiliados a un culto religioso.

La razón suprema porque se le niega el derecho electoral a todo aquel que no sea propiamente obrero, es porque a los obreros sólo deben regirlos los mismos obreros.

Según los apóstoles rusos, la organización soviética es de una sencillez admirable. En cada fábrica se establece el soviet; éste se une al soviet del barrio que es municipal; el soviet del barrio se une a los soviets del distrito y éstos a los de la provincia. Todos estos múltiples hilos van a parar a los consejos superiores, y por fin, los consejos superiores tienen su última palabra en el Consejo Supremo de la Economía Popular.

Las elecciones de los soviets se hacen cada tres meses, y todos los que han obtenido algún empleo tienen la obligación de dar cuenta de cómo se han desempeñado en él.

6.º Los bolchevistas o bolcheviquistas realizan, como se ve, una profunda revolución, tanto en el orden económico como en el orden político. Doctrina fundamental de ellos es el que todos los obreros deben tener el producto completo de su trabajo; los que no trabajan de un modo material son tenidos como parásitos: ésta es doctrina económica inamovible en el bolcheviquismo.

7.º En el orden político concluyen los Parlamentos, los Consejos de Estado y toda la máquina que hoy día se usa en el régimen de los gobiernos constitucionales o representativos. El bolchevismo establece una república, pero de ninguna manera es una república parlamentaria; sino la república de los soviets, compuestos de operarios y de campesinos. Todo poder pasa a los soviets. Al contrario de lo que sucede en el régimen burgués, el poder público en el bolchevismo se encuentra en manos únicamente de aquellos que producen, trabajan y son útiles a la colectividad en el orden material.

El viejo régimen parlamentario concluye; los soviets lo reemplazan, y como estas nuevas formas de gobierno no representan sino que a ciertas clases de la sociedad, como son los obreros, los campesinos y los soldados, se dice, con suma razón, que el gobierno soviético representa del modo más exacto la dictadura del proletariado.

8.º Resumiendo los puntos doctrinales del bolchevismo, diremos que ellos forman lo que hoy día se llama el maximalismo: es el programa máximo del socialismo. La doctrina que analizamos, como se ha visto, proclama la socialización de todos los medios, que tienen por objeto producir; sostiene la abolición de la propiedad y la equitativa repartición de lo que se produce; enseña el establecimiento de un nuevo orden de cosas, desconocidas hasta estos últimos tiempos; establece la obligación que todos tienen de trabajar, y hay que observar que el bolchevismo llama trabajo sólo al esfuerzo material. De manera que los que no trabajan materialmente deben ser declarados, como hemos dicho arriba, parásitos de la sociedad, y, por lo tanto, no tienen derecho ni siquiera al propio sostén. Los soviets han quedado constituidos como patrones, y como no hay parlamento ni fiscalización alguna, por lo menos durante el ejercicio del poder, resulta que quedan los obreros, los campesinos y los soldados, con plena autoridad para ejercerla tal como ellos quieran. Lo repetimos: es la dictadura más absoluta del proletariado.

*Crítica del bolchevismo.*—Expuestos de un modo claro y preciso los puntos básicos en que se funda el bolchevismo, conviene hacer una crítica de él, examinando desde un doble punto de vista, lo que es y lo que quiere ese novísimo partido, que está trastornando en la actualidad de un modo profundo el orden social. Este doble punto de vista es el de los *hechos* y el de los *principios*.

¿Qué dicen los hechos? ¿Cuál es la historia del bolchevismo? La verdad es que donde se ha implantado el bolchevismo ha sido un enorme desastre; las rojas páginas de la tristísima crónica del bolchevismo ha causado horror hasta a los mismos socialistas. Largo sería enumerar la obra realmente destructora que los bolchevistas han realizado en los tres países donde han logrado extenderse con mayor solidez: Rusia, Alemania y Hungría. La prensa diaria nos está dando cuenta de los inauditos atropellos y de los negros crímenes de que se ha hecho culpable el bolchevismo.

Pero entremos un tanto, mediante un frío razonamiento, en la parte teórica del bolchevismo. Solamente estudiando sus doctrinas y analizándolas de un modo racional, podremos convencernos de toda la monstruosidad que ellos encierran. Cuatro puntos examinaremos de los principios bolchevistas, los cuales son lo substancial de ellos: a) dictadura del proletariado; b) deber del trabajo; c) socialización; d) soviets.

Comenzando por el primer punto, diremos que la dictadura del proletariado es un absurdo, porque absurdo es proclamar que el único trabajo que se debe tomar en cuenta es el del obrero, el del agricultor o campesino y el del soldado. Muy nobles son estos trabajos; pero no son los únicos que con honor pueden emprender los hombres. Nobilísimos son también los trabajos propios del médico, que cura los males físicos de la humanidad; los del sacerdote, que cura los dolores morales del hombre; los trabajos del maestro, que ilumina las inteligencias de los ignorantes; los trabajos de una madre de familia, que prepara el porvenir de sus hijos. Y así podríamos ir discuriendo de los otros estados o carreras de la vida humana.

La dirección política y social exclusivamente realizada por obreros, campesinos y soldados, tiene por fuerza que resultar incompleta y llena de inconvenientes. Cuando en los soviets, pongamos por caso, hay que tratar de cosas elevadas, que requieren preparación técnica, como planes de estudio, métodos de pedagogía, orientaciones internacionales, leyes y reglamentos para el régimen interno del país, problemas industriales y tantas otras materias delicadas y difíciles que se presentan en toda legislación, ¿no es verdad que estas complejas materias no pueden ser resueltas por hombres que no tienen preparación suficiente, puesto que nunca las han estudiado? Parece que lo natural es que cada cual hable y trate de aquellas materias que son de su incumbencia; por eso, en la dirección política y social debe haber hombres preparados en toda clase de estudios. Bueno es que haya en ella obreros; pero malo es excluir a otras personas por el solo hecho de no ser hijos del trabajo manual. Por lo tanto podemos decir que la dictadura del proletariado, envuelve no sólo un absurdo realmente enorme, sino también una injusticia en verdad odiosa.

Pasemos al segundo punto. El concepto que tiene el bolchevismo acerca del deber del trabajo es inexacto. Fué el cristianismo y no el bolchevismo el que habló antes que nadie sobre el deber del trabajo. San Pablo dice: «el que no quiere trabajar no comerá». El trabajo fué necesario aún en el estado de ino-



cencia original. Si el hombre no hubiera caído en el pecado original, siempre habría tenido que trabajar; solamente que en ese caso se habría hecho con gusto y con satisfacción lo que ahora se hace con dolor y con pena. El trabajo es ley de expiación, y la expiación es indispensable para la justificación del hombre. Pero junto con ser la ley del trabajo de expiación, es también ley de preservación. Los rosados colores con que los bolchevistas pintan la perfecta felicidad de que gozará el hombre en esta vida, cuando se realice el ideal que ellos sustentan, no pasa de ser una torpe patraña. El trabajo necesita de estímulo. Una vulgar experiencia nos enseña que el hombre no se mueve a trabajar, si no ve en sus esfuerzos algún premio. Trabajar por trabajar solamente, es una quimera. Los bolchevistas quitan todo estímulo al trabajo, puesto que establecen el comunismo en todos los bienes; y el comunismo si es muy agradable y muy conveniente para el perezoso, es muy desagradable, muy inconveniente y muy injusto para el que trabaja y come realmente el pan con el sudor de su frente.

Examinemos el tercer punto y veamos modo de refutar el bolchevismo en su doctrina sobre la socialización de los medios de producción. Ya acabamos de decir que el bolchevismo mata las iniciativas del trabajo individual, porque en lugar de estimular las fatigas del trabajo, destruye todo aliciente. Y esto por dos razones: la primera, porque socializar los medios de producción es arrancar del alma humana toda iniciativa; y las iniciativas privadas en lugar de ahogarlas, la autoridad tiene la obligación de ayudarlas, siempre que sean útiles y justas. Si el trabajo ha de ser obra de todos, será también ganancia de todos: no hay entonces razón para esforzarse mucho; lo mismo da trabajar con grandes esfuerzos que moverse con suma lentitud; el resultado es idéntico. Luego se mata toda iniciativa individual. La segunda razón porque no admitimos la socialización de los bienes, es porque va contra la justicia: arrebatada al hombre el fruto de su trabajo íntimo y desconoce la dignidad de su persona.

Detengámonos en el cuarto punto: los soviets. Ha solido decirse que hay una semejanza entre un soviet y una cooperativa. Nada más inexacto. La cooperativa es de todos los que en ella forman parte; la ganancia de la cooperativa es la ganancia de todos los socios. El soviet es un simple administrador de aquello que a todos pertenece. La elección que se ha de hacer de sus miembros cada tres meses es un absurdo en todo sentido. ¿Qué medidas se tomarán para que ocupen puestos en el soviet aquellos que sean más capaces y preparados? ¿Qué medios podrá tomar el soviet para obligar a todos a trabajar? Y, por fin, ¿cómo poder entregar la dirección de la economía de una nación entera a individuos que carecen de toda competencia técnica? En Rusia se vió el caso, muy sugestivo por cierto, de que los obreros tuvieran que pedir a los patronos que volvieran a las fábricas, porque ellos no tenían competencia alguna para dirigirlos por sí mismos. Y si esto ha sucedido en el orden fabril, ¿no será mucho más difícil aún en la dirección de la hacienda pública y de todos los problemas complejos, que forman la historia y el programa de actividad de una nación?

*El socialismo científico y el bolchevismo.*—En repetidas ocasiones los socialistas han procurado probar cuán distantes se encuentran ellos de los bolchevistas. Sin embargo, éstos conservan en gran veneración la memoria de Carlos Marx, que es, como se sabe, el fundador del socialismo científico; no

dejamos de reconocer que hay alguna diferencia entre el bolchevismo y el socialismo científico; pero, a pesar de esa diferencia, hemos de afirmar que el fundamento doctrinal del bolchevismo está contenido en el socialismo científico. La diferencia entre uno y otro, a nuestro modo de ver, está en que en el bolchevismo todos los acontecimientos, se puede decir, se reducen a una revolución violenta. Lo violento es, sin duda, la característica más notable del bolchevismo. Tanto en sus principios de doctrina como en su historia, siempre el bolchevismo se ha hecho notar por su intransigencia, su ferocidad, su crueldad. Todo lo que ha emprendido lleva el sello de una revolución odiosa y sangrienta. En el socialismo científico, Marx ha procedido de un modo inverso. Según el célebre socialista alemán, todo lo que acontece es efecto de la evolución; todo proviene de un fatalismo histórico. En esto Marx no ha hecho sino que seguir las huellas del famoso Hegel. Como se ve, hay diferencia entre el socialismo científico y el bolchevismo en cuanto que uno es revolución y el otro es evolución. Por lo demás las doctrinas bolchevistas son consecuencia lógica del socialismo marxista.

*Algunas reflexiones sobre el Parlamentarismo.*—Hemos dicho en este estudio que hacemos sobre el bolchevismo, que éste no quiere tener otros representantes que obreros y campesinos: las demás clases sociales quedan del todo excluidas. Hemos visto también como se proclama la dictadura del proletariado en el soviét. nosotros, los que no aceptamos de ningún modo las teorías bolchevistas para la dirección de los pueblos, aceptamos el parlamentarismo como medio de evitar la dictadura. La historia nos enseña que los dictadores, por regla general, han sido enemigos de los parlamentos.

Pero hemos de confesar que el parlamentarismo contemporáneo tiene graves defectos; algunos de ellos vamos a dejarlos expuestos antes de terminar el presente estudio. Es una verdadera desgracia que se haya elevado al pueblo de un modo tan notable, desde el punto de vista político y no se le haya elevado igualmente, desde el punto de vista social. Según nuestro modo de sentir, el parlamento debe ser el sitio donde se encuentren representados los grupos sociales más que los políticos. El día en que esto suceda, tendrán todos los oficios representación en el parlamento, y entonces se harán leyes que correspondan a las necesidades de los pueblos. Este es un problema de altísima importancia social; pero, para que se pueda realizar este ideal parlamentario, se necesitan dos cosas: primera, formar y educar los diversos grupos sociales; así tendrán conciencia ilustrada de sus deberes y de sus derechos; y segundo, no excluir ninguna representación del Parlamento. De este modo, no tendrá de qué quejarse el pueblo; no se le dejará sin voz ni sin ayuda en el seno de la representación nacional.

Es un error excluir a las clases dirigentes de la dirección social y política de un país. Es el grande error que ha cometido el bolchevismo. Pero también es un error excluir de un modo sistemático a los grupos que representan las distintas clases en que se divide el obrerismo. Esta exclusión ha sido un olvido funesto cometido por el parlamentarismo moderno.

*Conclusión.*—El programa del bolchevismo es, en verdad, atroz y detestable. Pero, como sucede en todas las cosas del mundo, no hay una doctrina que sea tan perversa que algo no tenga de aceptable. Al concluir nuestro trabajo, vamos a exponer con toda lealtad lo que creemos que puede aceptarse de ese te-



jido de errores, que son la parte sustantiva de los partidos inspirados en la doctrina que estamos concluyendo de estudiar.

El bolchevismo nos habla sobre el deber del trabajo; ese deber lo proclamamos igualmente nosotros, como lo hemos dicho antes. También aspira esta doctrina a formar una dirección en la cual se estudie la repartición más equitativa de la riqueza; eso también ha sido tratado por los sociólogos católicos. Al fin y al cabo, la propiedad tiene que tener un límite y los derechos solidarios de los hombres han de impedir la extremada riqueza de algunos con detrimento de los que forman la mayor parte de la humanidad. También los consejos de fábricas para evitar las injusticias de que muchas veces son víctima los obreros, es una idea que podría utilizarse en no pocas ocasiones. Los obreros deben estar garantizados en cuanto a que no se les atropelle en sus derechos, y los consejos de fábricas podrían encarnar la garantía de que tratamos. Hemos de tender, también a hacer viable la idea de representación de clases en el Parlamento. Así, todos se harían oír. Es evidente que para esto hay necesidad, como lo hemos dicho, de preparar y educar las clases trabajadoras que forman parte de la sociedad.

El bolchevismo es un gravísimo peligro social; su doctrinas han salido de las fronteras de Rusia y se han introducido en casi todos los países civilizados. Esto viene a ser una terrible amenaza para el orden social y para la tranquilidad pública. Para nadie es un misterio que los bolchevistas rusos están soplando el odio revolucionario al oído de la democracia; sólo Dios sabe a qué extremos podremos llegar y si acaso una ola de sangre traerá como consecuencia esa predicación continua y malvada. Tenemos la obligación de oponernos con todos los medios que están a nuestro alcance a esa mancha roja, que se va extendiendo de un modo pavoroso por el mundo. Pero, entendámoslo bien, no hemos de buscar los medios para combatir el bolchevismo sino en una orientación democrática, en la cual se procure poner de un modo honrado sin subterfugios ni distinguos, en práctica la teoría cristiana respecto del trabajo y la teoría, también cristiana, de la función natural y social que reviste la propiedad. La teoría cristiana del trabajo nos enseña que al trabajador se le ha de tratar como hombre y no como máquina, y la teoría de la doble función que ejerce la propiedad nos enseñará que, si ella se funda en el derecho natural, hay también que atender en esto a la función social que hace que la propiedad se posea no en beneficio egoísta de uno sólo, sino que su dueño se acuerde de que hay muchos que necesitan de su ayuda y protección. Una vez más se verá que únicamente las enseñanzas del Evangelio pueden traer la salud al mundo.

**Acción** (Asunción, Paraguay, noviembre de 1924).—*Las supuestas minas de las misiones jesuíticas*, por ATLER.

*Una acusación grave.*—Entre las múltiples y torpes acusaciones que hormiguean en el sumario levantado en contra de los Jesuitas por enemigos de antaño y escritores modernos, hay una que deslumbra a primera vista por su brillo falaz; es aquella que se refiere a las pretendidas y bien escondidas minas de oro. Desgraciadamente para los adversarios, no todo lo que brilla es oro así como todo lo que se dice es verdad, y su acusación no figura más ahora entre las patrañas doradas.

Pero, a falta de minas verdaderas que habían buscado en vano durante cierto

tiempo, los enemigos de la Compañía tratarán de explotar esa mina de difamación y por más que la cegara varias veces el Visitador real, no han faltado especialistas que tratasen de reabrir la.

No habiendo podido vencer a sus émulos en el terreno del trabajo, del sacrificio, de la virtud, del éxito, los encomenderos tratarán entonces de aplastar a los jesuitas por la calumnia, arma antigua pero siempre nueva y digna de aquellos que la esgrimieron con más bajeza que habilidad. Poco faltaba para que las Misiones todas fuesen una nueva Potosí paraguaya, el Tebicuary y el Paraná unos Pactolos americanos y los jesuitas nuevos Cresos. En su *Conquista espiritual*, el P. Montoya cita el informe de Esteban de Avila. «Luego, agrega, que el gobernador halló testigos los cuales afirmaron que había arroyos y montes de oro y que yo era el que gozaba de esta grandeza y la ocultaba... Pedimos que los testigos a cuyo crédito se nos imponía esta acción, descubriesen los arroyos, los cuales juzgaron en tres tribunales que era falsa imposición que les ponían.»

Un poco más tarde según acto de Garabito (10 de enero de 1651) publicado por R. Trelles, «vecinos de Asunción se comprometían a descubrir a S. M. un nuevo Potosí y más rico.»

Las leyes inexorables de las Indias obligaban al descubridor de la mina a revelar su existencia al gobernador y a entregar además a la Corona la quinta parte de su producto. Por lo tanto, si las acusaciones formuladas contra los jesuitas tenían fundamento, estos eran doblemente culpables, culpables por ocultar la mina, culpables por no quintar. Acusación singular contra aquellos que habían venido a América «no para arrebatarse riquezas y sacrificar la sangre de los vencidos, sino para ofrecer su propia sangre y comunicar el tesoro celeste.» (Fénelon.).

Los enemigos de la Religión vislumbraban ya una brillante victoria moral sobre sus adversarios más temibles, mientras los encomenderos por una victoria material no menos apreciable, iban a poblar sus encomiendas o mejor dicho, sus presidios, con los indios numerosos de las reducciones jesuíticas. Pero, por sus artimañas insulsas y pueriles coronadas de fracaso ruidoso, llegaron solamente a poner de manifiesto una vez más, la inocencia de las víctimas.

*Existencia de minas en el Paraguay.*—¿Cómo habría sido posible sustraer aquellas minas a la codicia hambrienta de los españoles o a la vigilancia o inspección de los gobernadores siempre en acecho para tales descubrimientos? Las investigaciones científicas realizadas en las Misiones después de la salida de los jesuitas no han revelado tampoco hasta ahora la existencia de las minas de oro. «Sabido que aquellos países son llanos, dice Azara (1), con pocas y no elegidas sierras, se viene en conocimiento que no contienen minerales. Sin embargo, en el pueblo de Concepción, hacia Maldonado, se encuentran granos de oro de buen quilate entre las arenas del arroyo de San Francisco, pero su escasa cantidad no puede satisfacer los costos del lavadero... En el Paraguay, creen algunos que el oro del copón de una parroquia de la Asunción se sacó del cerro de Acahay... En la sierra llamada de Santa Ana por los Conquistadores y de San Fernando en el mapa de Cruz, que está pegada al río Paraguay en la provincia de Chiquitos, hay probabilidad de que se encontraran minas de oro y quizás de piedras preciosas porque están cerca de las que poseen los portugueses en Matto-Groso.



Du Gratry que visitó y estudió el Paraguay durante el gobierno de Antonio López, no discrepa de Azara. «Entre los minerales más abundantes, dice él, están el hierro, el manganeso y el cobre. El hierro se encuentra en el estado de limonita, en casi todo el territorio de la República, principalmente entre los ríos Apa y Aquidaban. El oligisto se encuentra en Quíquio y Caapucu y en la Almendrilla de la montaña de Santo Tomás, en Paraguarí. Las montañas de San Miguel contienen el hierro oxidado magnético... Se pretende también que hay mercurio en San Miguel, zinc en las montañas de la Cordillerita y que también se ha encontrado *plata y oro*. En cuanto a estos dos últimos metales, unos sostienen que los jesuitas los habían extraído de las montañas de las Misiones, pero parece bien averiguado de que no es exacto.»

De Bourgade la Dardye, que recorrió el Paraguay después de Du Gratry afirma que existen en el Paraguay mármoles y minas de hierro, pero no señala las minas de oro. En cuanto al territorio de las Misiones Argentinas, el sabio Mr. Bertoni, en sus largas y sabias investigaciones, ha notado la existencia de hierro y cobre pero no la de algún metal precioso.

El nuevo vellocino de oro hábilmente custodiado por los jesuitas en el Quersoneso paraguayo no ha tenido existencia sino en la imaginación o en las imputaciones de los enemigos de la Compañía.

*Acusación contra el P. Montoya.*—La primera y tan torpe acusación parece haber sido dirigida contra el hombre quien por sus votos había renunciado ya, no sólo al oro sino a los bienes terrestres, quien, por su vida apostólica había sido el desprendimiento mismo, cuya cruz había dado a España más subditos que la espada de un conquistador, es decir, contra el P. Montoya. Por otra parte, el gobernador del Río de la Plata, Esteban de Avila estuvo, en un principio, a lo menos, a la altura de esa calumnia tan baja como pueril. Luego según informe del mismo gobernador, los arroyos auríferos se volvieron cristalinos, los cerros ocultaron sus tesoros, «cuando se pidió a los testigos los descubrieran, los cuales juraron en tres tribunales que era falsa imputación que les ponían».

*Jacinto de Lariz y Cárdenas.*—Después de tal informe, quien no hubiera creído que la mentira referente al oro de las minas quedaría sepultada para siempre pero la mentira es una mina, también y más inagotable que la del oro y esta mina no careció de mineros, durante el gobierno de Jacinto de Lariz (1646-1653). Entre estos últimos, figuraba la persona sagrada del mismo obispo Cárdenas, el enemigo tan irreconciliable de la Compañía así como del equilibrio mental. Con el objeto de realizar las averiguaciones necesarias, Jacinto de Lariz emprendió hacia las reducciones jesuíticas, un viaje largo, penoso e infructuoso. Llegado a Itapúa y después de haber escarmentado en cabeza propia la falsedad de las acusaciones, se dirigió por carta al gobernador y al obispo del Paraguay, pidiéndoles datos precisos sobre las minas escondidas en las reducciones. Entre tanto, para apresurar el descubrimiento de las minas, se valió de los soldados que lo habían acompañado, prometiendo al que descubriera la mina, el cargo de capitán de infantería española. Fué en vano: el oro no apareció. Cárdenas, por su parte, huyó por la tangente; contentándose en su carta al gobernador de estampar las patrañas ya usadas y enmohecidas contra la compañía. (Pastells, II, 171).

Jacinto de Lariz reiteró su orden en una segunda carta y Cárdenas no tuvo

más salida que la mentira. El obispo afirmó que las minas existían pero que los jesuitas las tenían tapadas con gruesas piedras (R. Trelles, t. II, p. 359). En cuanto al gobernador Diego Escobar de Osoiro, después de lamentar en su carta las disidencias continuas entre el Cabildo de Asunción y los jesuitas, afirmó pero no comprobó que los jesuitas tenían minas de oro, pero tan bien fortificadas que nadie se arriesgaba a acercarse a ellas, ni siquiera el gobernador.

Después de su inspección larga y minuciosa, Jacinto de Lariz se dió cuenta de que no había dado un paso hacia la solución. En fin, a punto de retirarse y de abandonar la empresa, se supo que dos indios, uno charrúa llamado Venturilla y otro Felipe, guaraní, inducidos, para que dijese lo que había, «halló haber sido todo embustes y mentiras».

*Defensa presentada por los jesuitas.*—El P. Francisco Díaz Taño, superior entonces de las reducciones, responsable de la honradez de sus súbditos, y víctimas éstos ya de varios asaltos cobardes, con esa autoridad que da la convicción de su inocencia, viene entonces a terciar en la lucha. En una carta dirigida al gobernador Jacinto de Lariz, principia por sintetizar las acusaciones principales emanadas de autoridades sagradas y civiles, así como de los émulos de la Compañía; luego, insiste para que se realicen las averiguaciones necesarias, que los delincuentes reciban la pena correspondiente pero que la inocencia sea proclamada también. (Pastells, II, 178.)

*Informe de Jacinto de Lariz.*—El gobernador del Río de la Plata, ilustrado ya por sus investigaciones personales y la deposición de los dos indios, se halla ahora plenamente convencido por la carta del Superior de Misiones. Entonces manda al rey este informe sacado a luz por R. Trelles... «También porque la voz que generalmente ha corrido de algunos años a esta parte de haber minerales de oro en aquellos parajes y habérmelo asegurado aquí un indio tenido por muy perito y cierto... llevándole conmigo y habiendo hecho muchas y muy particulares diligencias, pareció el engaño de no haber como no hay tales minerales de oro en dichos parajes de aquel distrito; y con el deseo de servir a V. M. me valí de todas las personas que podían darme noticia cierta y del Reverendo obispo del Paraguay, quien se decía lo publicaba por cierto, a quien habiendo escrito y pedido encarecidamente me enviase certidumbre de tal noticia, o viniese, que le aguardaría en la primera Reducción, se excusó respondiéndome ser las piedras con que tenían tapado el oro de los Padres de la Compañía que asistían en aquellas Misiones y que hasta que saliesen de ellas, no podía surtir efecto su descubrimiento.»

*Nuevos acusadores.*—Este informe aplastador habría tenido que aniquilar a su vez y para siempre la calumnia de las minas de oro; no fué así; a la par del fénix, dos años más tarde, ésta renacía de sus cenizas. En efecto, dos cédulas reales dirigidas, una a la Audiencia de la Plata, otra al gobernador para que mandaran averiguar si en las Provincias del Itatin, Paraguay, Uruguay, los Padres de la Compañía poseían verdaderamente minas de oro, y si para disfrutarlas y no quintar se oponían a las inspecciones de los gobernadores y obispos.

Esta vez los propagadores de la patraña eran los capitanes Melchor Casco de Mendoza, Cristóbal Ramón Fuenleal, Tomás de Arísteguita y el general Francisco Núñez de Avalos. Al tener conocimiento de lo sucedido, el P. Juan



Antonio Manquiano cita entonces ante el tribunal del Maestro de campo Diego Escobar de Osorio y del gobernador Sebastián León y Zárate, a sus acusadores para que los denunciantes comprueben la verdad de sus acusaciones, agregando que si la distancia no es obstáculo, los citará aún ante la real Audiencia y el mismo virrey.

Entre tanto, llega al Paraguay en 1650 el gobernador interino y juez pesquisador, Andrés de León y Garabito. El nuevo juez por auto del 10 de enero de 1651 ordena a los acusadores salgan dentro de 20 días a descubrir las minas de oro personalmente, dándoles para eso toda clase de asistencia y ayuda necesarias.

Ante aquella disposición enérgica y resuelta del nuevo gobernador, algunos propagandistas se retractan. Para completar su triunfo así como el triunfo de la Compañía, el P. Manquiano insta al gobernador para que se obligue a los demás a presentar la prueba de sus afirmaciones o en el caso contrario se les aplique una pena correspondiente al delito de difamación. Entonces, uno de ellos, el general Núñez de Avalos, entrega al gobernador una defensa tan pueril y tímida que más bien puede tildarse de retirada, pero de retirada poco estratégica. Afirma en ella que no consta por hecho alguno de que él haya acusado a los Jesuitas de haber explotado minas de oro, y aunque lo hubiera llevado a cabo, no por eso puede ser acreedor a castigo. Entre tanto el Cabildo mismo de la Asunción, temeroso de la justicia del gobernador, se apresura en manifestar que nunca ha dado poder ni mandado instrucciones a los que atacan a la Compañía; el Procurador de la ciudad, capitán Francisco de Vega, presenta la misma declaración.

Abandonados a sí mismos los atacantes, suplican al gobernador «no proceder contra ellos». Pero el P. Manquiano no se da por satisfecho y para acallar en adelante la calumnia, suplica de nuevo al gobernador, 17 de abril de 1651, sean castigados los culpables.

*Castigo de los culpables.*—Un mes después, uno de los principales acusadores, Cristóbal Ramírez de Fuenleal, estaba sobre su lecho de muerte, y antes de recibir los últimos sacramentos, con el fin de aquietar su conciencia, declaraba ante testigos, ser falsas las acusaciones dirigidas por él contra la Compañía acerca de las minas de oro; por lo tanto, antes de comparecer delante del Juez Supremo, imploraba el perdón de aquellos a quienes había ofendido. En cuanto a los demás, León y Garabito, convencido al fin de su culpabilidad, los mandó apresar; en vano apelaron éstos varias veces a la audiencia, al Virrey; el gobernador no atendió su súplica.

Por fin, el 17 de agosto de 1651, León y Garabito dictaba la pena contra los presos, general Francisco Núñez de Avalos, general Diego de Yegros, capitán Melchor Casco de Mendoza, Tomás de Arestigueta y alférez García Venegas de Guzmán. Condenó a Francisco Núñez de Avalos y Tomás de Arístigutta a destierro perpetuo de la Provincia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, y en 500 pesos ensayados cada uno; a García Venegas a dos años de destierro de la Asunción y su distrito, y en doscientos pesos ensayados y al dicho Venegas y a los demás que tenían vecindad, a supresión de ella por cuatro años.

El Padre Rojas, siguiendo la línea de conducta del P. Manquiano, dirigió una carta al gobernador, rogándole encarecidamente se hiciera pública la sen-

tencia de los reos en presencia de los mismos antes de que éstos saliesen a destierro, y así sucedió.

*Ultimo ataque.*—Pero los acontecimientos que habían patentizado la honradez de la Compañía de Jesús, habían puesto en evidencia también la hostilidad encarnizada de sus émulos y desde ahora éstos preparan ya nuevos elementos de guerra para librar un nuevo asalto a las posiciones hasta entonces inexpugnables.

Apenas, en efecto, León y Garabito habían regresado a la Audiencia de Charcas, después de haber cumplido su cometido, este tribunal delegaba a un nuevo juez pesquisador, Juan Blázquez de Valverde, con el objeto de averiguar lo referente a las supuestas minas de oro de las Reducciones. Pero, esta vez, sea porque la segunda derrota hubiera debilitado o amedrentado a los adversarios de la Compañía, sea porque el Visitador prestó oídos menos complacientes, el conflicto fué corto y el remedio pronto y de eficacia duradera.

A la llegada de Blázquez de Valverde, el P. Pablo Benavides, enterado del objeto de su misión, comunicó al Visitador que la Compañía había sido acusada injustamente de esconder minas de oro; por lo tanto, suplicaba al Visitador tomase declaración del capitán Martín de Vera residente en Santa Fe. Así fué. El nombrado capitán declaró que no había tal oro en las Reducciones ni que lo había habido jamás. A esta declaración categórica se agregó la declaración no menos categórica tomada por Blázquez de Valverde al Maestro de campo, Manuel Cabral. Una sola sombra vino momentáneamente a empañar el brillo de la vedrad, y fué la deposición jurada del indio Domingo, el cual pretendió que cerca del río Uruguay se encontraba un arroyo de donde manaban pepitas de oro y que este oro todo iba a parar en manos de los Jesuitas, según lo había notado personalmente. Pero el indio avergonzado de su conducta y privado del apoyo de aquellos que lo habían sobornado, acabó por retirar todas sus declaraciones anteriores. Sin embargo, Blázquez de Valverde no dejó de dictar contra él una pena bastante infamante condenándole a recibir doscientos azotes, que se le habían de dar por las calles públicas de la ciudad, puesto a caballo en una albarda, con voz de pregonero que pregonase su delito.

Finalmente, el 2 de octubre de 1657, el Visitador pronunciaba el fallo definitivo. En este, si la Compañía aparecía una vez más con la señal de los perseguidos, brillaba también con la aureola de los inocentes y vencedores y su brillo era tanto más reluciente cuanto que había sido purificado en el crisol de la calumnia.

*Conclusión.*—Si bien en adelante no tropezamos con ninguna imputación acerca de las minas de oro, perdura sin embargo el recuerdo de éstas, y Bucarelli se valdrá más tarde de él como de un resto de arma contra la Compañía. En la instrucción dada por el gobernador de Buenos Aires a los gobernadores interinos de la Doctrina, se recomendaba averiguasen «si se encontraban minas en las Reducciones y cuál era su situación y calidad».

A la par de tantos otros venidos solamente a América en busca del célebre Dorado, los gobernadores de las Reducciones no escatimaron sudores ni heroísmos y persiguieron sin descanso el fantasma dorado de las minas jesuíticas. El gobernador interino de Misiones, Bruno Francisco de Zabala, según su informe de 1785 dirigido al Virrey, encontró sí, «piedras metálicas de cobre en



el paraje de Aguapey, pintas de plata en una piedra de un paraje llamado Itabití, cerca de Itapúa, y otras miserias por el estilo. El único metal apreciable que encontró fué el de las campanas, suponiendo gratuitamente que se había sacado de las minas de las Misiones en materia prima traída de Chile.

Pero a falta de minas de oro que los adversarios de los Jesuitas se han obstinado en querer encontrar en las Misiones, ha habido, sí, unas minas inagotables de heroísmo, de santidad, de trabajo, de arte más preciosas todas que las primeras y sobre las cuales esos mismos adversarios han cerrado obstinadamente los ojos.

¡Que una generación más justiciera y más recta tribute en fin a esos abnegados servidores de la Religión y de la Patria y tantas veces víctimas de menosprecio y odios insulsos, la gloria a que son acreedores los más grandes, los más ilustrados y los más puros educadores de la humanidad bárbara!

---